

el argumento, le dijo Dinah. He hecho demasiado la señora, y ahora me toca ser la dueña de mi casa,

Hacia cuatro meses que Esteban llevaba á Dinah á comer al café de Richi á un gabinete que le reservaban. La provinciana quedó asombrada al saber que Esteban debía allí quinientos francos de los quince días últimos.

—¡Cómo! ¿bebíamos vino de á seis francos la botella y nos cobraban cinco francos por una normanda y veinte céntimos por un panecillo? exclamó Dinah leyendo la nota que le tendió el periodista.

—¿Qué más da ser robado por un fondista que por una cocinera? dijo Lousteau.

—En lo sucesivo, por el solo precio de la comida vivirás como un príncipe.

Después de haber obtenido que el propietario les hiciese una cocina y dos cuartos para los criados, la señora de La Baudraye escribió dos veces á su madre pidiéndole ropa y mil francos, y poco tiempo después recibió dos baúles de ropa, unos cubiertos de plata y dos mil francos que le enviaba su madre por conducto de una cocinera honrada y devota. Diez días después de la representación en que la baronesa y el señor de Clagny se habían encontrado, éste fué á verla á las cuatro, al salir de la audiencia, y la encontró bordando un gorrito. La vista de aquella mujer tan altiva, tan ambiciosa, de espíritu tan cultivado y que tan bien reinaba en el palacio de Anzy; la presencia de aquella futura madre, ocupada en los cuidados del hogar, cosiendo para su hijo, conmovió profundamente al

magistrado, que acababa de salir de la audiencia. Al ver algunos pinchazos en uno de aquellos dedos que él tanto había besado, comprendió que la señora de La Baudraye no hacía aquello por gusto. Durante aquella primera entrevista, el magistrado leyó en el alma de Dinah. Esta perspicacia en un hombre enamorado suponía un esfuerzo sobrehumano. El señor de Clagny adivinó que Dinah quería ser el genio tutelar del periodista encaminándole por la buena senda. Entre dos seres unidos por el amor, tan verdadero por una parte y tan bien fingido por la otra, se había cambiado en cuatro meses más de una confesión. A pesar del cuidado con que Esteban procuraba disimular, más de una palabra había iluminado á Dinah acerca de los antecedentes de aquel muchacho cuyo talento fué tan comprimido por la miseria, tan pervertido por los malos ejemplos y tan contrariado por dificultades superiores á sus fuerzas.

—Cuando esté en situación desahogada, su talento aumentará, se había dicho Dinah.

Y se propuso proporcionarle la dicha del hogar mediante esa economía y ese orden que son tan familiares á las gentes nacidas en provincias. Por un impulso de su alma, Dinah se convirtió en mujer de su casa como se había convertido en poetisa.

—Su dicha será mi absolucíon.

Estas palabras, arrancadas por el magistrado á la señora de La Baudraye, explicaban el estado actual de las cosas. La publicidad dada por Esteban á su triunfo el día de la primera representación había hecho conocer al magis-

trado las intenciones del periodista. La señora de La Baudraye era, como dicen los ingleses, una pluma demasiado hermosa para el sombrero de Esteban. Lejos de saborear los encantos de un amor misterioso y tímido y de ocultar al mundo entero una dicha tan grande, el literato sentía un goce de advenedizo engalanándose con la primera mujer distinguida que le honraba con su amor. Sin embargo, el sustituto estuvo engañado algún tiempo por los cuidados que todo hombre prodiga á una mujer en la situación en que se encontraba la señora de La Baudraye, cuidados que Lousteau hacía encantadores mediante esos mimos propios de los hombres cuyas maneras son agradables por naturaleza. En efecto, hay hombres que nacen con un poder tal de imitación, que la reproducción de las cosas más encantadoras del sentimiento es tan natural, que no se ve en ellos comedia; y estas disposiciones del periodista se habían desarrollado admirablemente en medio del ambiente en que había vivido hasta entonces. Entre el mes de abril y el de junio, época en que Dinah debía dar á luz, ésta adivinó la causa de que Lousteau no hubiese vencido nunca la miseria. Esteban era perezoso y tenía poca fuerza de voluntad. Ciertamente que el cerebro sólo obedece á sus propias leyes y no reconoce las necesidades de la vida ni los mandatos del honor; no se produce una obra bella porque una mujer expira, ó por pagar deudas deshonorosas ó por alimentar á los hijos; sin embargo, no existen grandes talentos sin una gran voluntad. Estas dos fuerzas gemelas son nece-

sarias para la construcción del inmenso edificio de la gloria. Los hombres eminentes mantienen su cerebro en condiciones de producir, como mantenía antaño dispuestas siempre sus armas el paladín. Estos hombres doman la pereza y se resisten á los placeres enervantes, ó ceden únicamente á ellos por la medida que les indique la extensión de sus facultades. Así se explican los Walter Scott, los Cuvier, los Voltaire, los Newton, los Buffón, los Bayle, los Bossuet, los Leibnitz, los Lope de Vega, los Calderón, los Boccaccio, los Moretín, los Aristóteles, en una palabra, todas las gentes que distraen, regentan ó conducen á sus épocas. La voluntad puede y debe ser, mejor que el talento, un objeto de orgullo. Si el talento tiene su germen en una predisposición cultivada, el querer es una conquista hecha á cada instante á los instintos, á los gustos domados, á los caprichos y á las trabas vencidas, y á las dificultades de todo género heroicamente superadas. El abuso del cigarro distraía la pereza de Lousteau. Si el tabaco amortigua las penas, en cambio entorpece infaliblemente las energías. Todo lo que el cigarro perjudicaba á la parte física, la crítica aniquilaba la moral de aquel muchacho tan propenso al placer. La crítica es tan funesta para el crítico como el pro ó el contra para el abogado. En este oficio el espíritu se tuerce, la inteligencia pierde su lucidez rectilínea, y el escritor sólo existe tratando en cierto sentido determinados asuntos. Por eso hay que distinguir dos clases de críticos, lo mismo que en la pintura se reconoce el arte y el oficio. Criticar á la manera de la mayor parte de los periodistas

actuales, es expresar tales juicios de una manera más ó menos ocurrente, como defiende un abogado en la audiencia las causas más contradictorias. El periodista crítico encuentra siempre un tema que desarrollar en la obra que analiza. Ejercida de este modo, esta profesión conviene á los espíritus perezosos y á las gentes desprovistas de la facultad sublime de imaginar, ó que, si la poseen, no tienen valor para cultivarla. Toda pieza de teatro, todo libro, se convierte para su pluma en un asunto que no les cuesta ningún esfuerzo de imaginación, y del que dan cuenta en tono serio ó burlón, según las pasiones del momento. Respecto al juicio, sea cual fuere, es siempre justificable dada la agudeza francesa, que se presta admirablemente al pro y al contra. Consultan tan poco la conciencia esos *bravi*, y hacen tan poco caso de sus advertencias, que alaban en el salón de espera de un teatro lo que desgarran en sus artículos. En caso de necesidad, se les ha visto pasar de un periódico á otro sin tener en cuenta para nada que las opiniones del nuevo órgano eran diametralmente opuestas al antiguo. Es más, la señora de La Baudraye se sonreía viendo hacer á Lousteau un artículo en sentido legitimista y otro en sentido dinástico acerca de un mismo acontecimiento, y aplaudía aquella máxima que acostumbraba á decir él: «¡Nosotros somos los procuradores de la opinión pública!» La otra crítica es toda una ciencia, exige una comprensión completa de las obras, una percepción clara de las tendencias de la época, la adopción de un sistema y una fe en ciertos principios; es decir, una jurisprudencia,

un informe, una sentencia. Este crítico se convierte entonces en el magistrado de las ideas y en el censor de su tiempo, y ejerce un sacerdocio; mientras que el otro es un acróbata que da saltos mortales para ganarse la vida mientras le quedan piernas. Entre Claudio Vignón y Lousteau existía la misma distancia que entre el oficio y el arte. Dinah, cuyo talento no tardó en pulirse y cuya perspicacia era grande, no tardó en juzgar literariamente á su ídolo, y vió á Lousteau trabajando en los últimos momentos, cediendo á exigencias deshonorosas, y sin pulir su labor. Pero tanta necesidad tenía de justificarle á sus propios ojos, que le disculpaba diciéndose: «¡Es un poeta!» Adivinando este secreto de la vida literaria de muchas gentes comprendió que la pluma no sería nunca un recurso, y el amor le hizo entonces dar ciertos pasos que no hubiera dado nunca por ella misma. Decidió á su madre á que entrase en negociaciones para obtener una pensión, y no dijo nada de esto á Lousteau á fin de no herir su delicadeza. A últimos del mes de julio, Dinah tiró furiosa una carta en que su madre le comunicaba la respuesta definitiva del señor de La Baudraye: «La señora de La Baudraye no necesita una pensión en París pudiendo vivir admirablemente en su palacio de Anzy: que venga.» Lousteau recogió la carta y la leyó.

—Yo te vengaré, le dijo á la baronesa con ese tono siniestro que tanto agrada á las mujeres cuando se halagan sus antipatías.

Cinco días después, Bianchón y Duriau, el célebre tocólogo, estaban instalados en casa de Lousteau, el cual, después de la respuesta del

raquítico La Baudraye, no perdonaba medio para dar publicidad al parto de Dinah. El señor de Clagny y la señora Piedefer, llegados á toda prisa, fueron los padrinos del recién nacido. El previsor magistrado se prestó á ello temiendo que Lousteau cometiese alguna falta grave. La señora de La Baudraye tuvo un muchacho que hubiese causado envidia á las reinas que desean un presunto heredero. Bianchón, acompañado de Clagny, fué á inscribir á aquel niño en la alcaldía como hijo de los señores de La Baudraye, sin conocimiento de Esteban, el cual, por su parte, corría á una imprenta á encargar esta tarjeta:

*La señora baronesa de La Baudraye ha dado á luz felizmente un niño.*

*Don Esteban Lousteau tiene el gusto de comunicárselo.*

*La madre y el niño siguen bien.*

Lousteau había hecho ya un primer envío de sesenta tarjetas de esta clase, cuando el señor de Clagny, que había ido á tener noticias de la parida, vió la lista de las personas de Sancerre á quienes Lousteau pensaba enviar este curioso billete, escrito debajo de los nombres de los sesenta parisienses que iban á recibirlo. El sustituto cogió la lista y el resto de las esquelas, se las enseñó primero á la señora de Piedefer diciéndole que no permitiese que Lousteau llevase á cabo tal infamia, y se metió en un cabriolé. El fiel magistrado encargó en casa del mismo impresor otra esquila, concebido en estos términos:

*La señora de La Baudraye ha dado á luz un niño.*

*El señor de La Baudraye tiene el gusto de participárselo.*

*La madre y el niño siguen bien.*

Después de haber hecho destruir las pruebas, composición y todo cuanto podía dar fe de la existencia del primer billete, el señor de Clagny se puso en marcha para interceptar los billetes remitidos; sustituyó muchos en casa de los porteros, logró la restitución de más de treinta, y por fin, al cabo de tres días, no quedaba más que el billete que se había remitido á Nathán. El sustituto había ido ya cinco veces á casa de aquel hombre célebre sin poder encontrarle. Cuando, después de pedirle una cita, fué recibido el magistrado, la anécdota de aquel billete corría ya por París. Los unos velan en ella una de esas graciosas calumnias, especie de llaga á que están sujetas todas las reputaciones, hasta las efímeras; otros afirmaban haber leído el billete y habérselo devuelto á un amigo de la familia de La Baudraye, y no faltó quien declamó contra la inmoralidad de los periodistas; de suerte que aquel billete se había convertido en una curiosidad. Florina, que vivía en compañía de Nathán, lo había enseñado con el sello de correos y con la dirección escrita por Esteban. Cuando el sustituto empezó á hablar á Nathán del billete, el escritor se sonrió, y le dijo:

—¿Devolverle este monumento de torpeza y niñería? Este autógrafo es una de esas armas de que no debe privarse un atleta en el circo. Este

billete prueba que Lousteau carece de corazón, de buen gusto y de dignidad, que no conoce el mundo ni la moral pública y que se insulta á sí mismo cuando no sabe á quien insultar. Sólo el hijo de un aldeano de Sancerre es capaz de enviar á nadie esta esquila. Convenga usted, caballero, en que esta es una presa necesaria á los archivos de nuestra época. Hoy Lousteau me acaricia, y mañana puede pedir mi cabeza... ¡Ah! Perdona usted esta broma, pues olvidaba que es usted sustituto. Yo he sentido una pasión por una gran dama, tan distinguida como la señora de La Baudraye; pero me hubiera muerto antes de pronunciar su nombre. Por gozar algunos meses de sus caricias y de sus mimos gasté cien mil francos y estropeé mi porvenir. Pero no me arrepiento, y jamás me he quejado... Que las mujeres descubran el secreto de su pasión, lo comprendo, porque es esta la última ofrenda que hacen al amor; ¡pero nosotros!... ¡sólo un Lousteau puede hacer eso! No, ni por mil escudos daría este papel.

—Caballero, dijo al fin el magistrado después de una lucha oratoria de media hora, he visto con este mismo motivo á quince ó diez y seis literatos. ¿Va usted á ser el único inaccesible á los sentimientos del honor? No se trata aquí de Esteban Lousteau, sino de una mujer y de un niño que ignoran el perjuicio que les causan á su fortuna, á su porvenir y á su honor. Caballero, ¿quién sabe si no se verá usted obligado á pedir á la justicia benevolencia para algún amigo, para alguna persona por cuyo honor se interese? La justicia podrá entonces recordar que usted se

mostró implacable. ¿Puede titubear un hombre como usted? le preguntó el magistrado.

—He querido hacerle comprender toda la importancia de mi sacrificio, respondió Nathán que entregó el billete pensando en la posición del magistrado y aceptando aquella especie de mercado.

Cuando la tontería del periodista estuvo reparada, el señor de Clagny fué á hacerle una amonestación en presencia de la señora de Piederfer; pero el periodista estaba muy irritado por aquellos pasos.

—Caballero, lo que yo hacía era intencionado, respondió Esteban. El señor de La Baudraye tiene sesenta mil francos de renta y niega una pensión á su mujer, y yo quería hacerle comprender que era el dueño de este niño.

—Señor mío, le había adivinado á usted perfectamente, respondió el magistrado, y por eso me apresuré á aceptar el apadrinamiento de Polidoro, que está inscrito en el registro civil como hijo del barón y de la baronesa de La Baudraye, y, si tiene usted entrañas, debe usted estar contento al saber que este niño será heredero de uno de los más hermosos mayorazgos de Francia.

—Y ¿quiere usted que la madre muera de hambre, señor mío?

—No tenga usted cuidado, caballero, dijo amargamente el magistrado que había arrancado al fin á Lousteau la expresión del sentimiento cuya prueba había esperado tanto tiempo. Yo me encargo de negociar eso con el señor de La Baudraye.

Y el señor de Clagny salió con la muerte en el corazón al ver que Dinah, que su ídolo, era amado por interés. ¿No abriría demasiado tarde los ojos?

—¡Pobre mujer! se decía el magistrado al marcharse.

El sustituto, hagámosle justicia, amaba demasiado sinceramente á Dinah para ver en el envilecimiento de aquella mujer un medio de triunfar de ella.

Los cuidados exigidos por la cría del niño, los gritos de éste, el descanso necesario á la madre durante los primeros días, la presencia de la señora Piedefer, todo conspiraba de tal modo contra los trabajos literarios, que Lousteau se instaló en los tres cuartos alquilados en el primer piso por la anciana devota. El periodista, obligado á ir á las primeras representaciones sin Dinah, y separado de ella la mayor parte del tiempo, halló cierta satisfacción en ejercer así su libertad. Más de una vez se dejó coger por el brazo y asistió á alguna bacanal; más de una vez volvió á reanudar la vida bohemía en casa de la querida de un amigo. Volvió á ver mujeres radiantes de juventud y que juzgaban la economía como una negación de su belleza y de su poder. A pesar de la maravillosa belleza que adquirió Dinah tres meses después de su embarazo, no podía sostener la comparación con aquellas flores marchitas tan pronto, pero tan hermosas mientras refrescan sus pies en la opulencia. Sin embargo, la vida casera tuvo grandes atractivos para Esteban. En tres meses, la madre y la hija, ayudadas por la coci-

nera llegada de Sancerre y por Pamela, dieron al hogar un aspecto completamente nuevo, y el periodista encontró en él su almuerzo y su comida servidos con una especie de lujo. Dinah, hermosa y elegante, trataba de adaptarlo todo á los gustos de su querido Esteban, que se sentía el rey de aquel hogar, donde todo, hasta su hijo, estuvo subordinado, por decirlo así, á su egoísmo. La ternura de Dinah brillaba de tal modo en los más pequeños detalles, que Lousteau no pudo menos de continuar. Sin embargo, Dinah previó en la vida exterior de Lousteau una causa de ruina para su amor y para su hogar. Después de criar diez meses, destetó á su hijo, trasladó á su madre á la habitación de Esteban, y restableció aquella intimidad que une indisolublemente á un hombre y á una mujer cuando ésta es amante é inteligente. Uno de los rasgos más salientes de la novela debida á la pluma de Benjamín Constant, y una de las explicaciones del abandono de Eleonora, es aquella falta de intimidad diaria ó nocturna, si queréis, entre ella y Adolfo. Viviendo cada uno en su casa, ambos amantes obedecen al mundo y conservan las apariencias. Eleonora, abandonada periódicamente, se ve obligada á enormes trabajos de ternura para ahuyentar los pensamientos de libertad que se apoderan de Adolfo fuera de casa. El perpetuo cambio de miradas y de pensamientos en la vida común da tales armas á las mujeres, que, para abandonarlas, el hombre tiene que objetar poderosas razones. Para Esteban y para Dinah empezó aquí un nuevo período. Dinah quiso ser necesaria, quiso comunicar energía á aquel hom-

bre cuya debilidad le sonreía, le proporcionó asuntos, le bosquejó situaciones, le escribió capítulos enteros, rejuveneció las venas de aquel talento en la agonía, y le proporcionó sus ideas y sus juicios. Finalmente, Dinah le hizo dos libros que tuvieron éxito. Más de una vez salvó el amor propio de Esteban, que estaba desesperado porque había agotado sus ideas, dictándole, corrigiéndole ó acabándole los artículos. El secreto de esta colaboración fué guardado inviolablemente, y ni siquiera la señora de Piedefersupu nada. Este galvanismo moral fué recompensado con un aumento de ganancias que les permitió vivir bien hasta fines del año 1838. Lousteau se acostumbraba á ver su trabajo hecho por Dinah, y él le pagaba en caricias. Estos excesos de afecto se convierten en un tesoro inapreciable, y cuantos más sacrificios hizo la señora de La Baudraye, más cariño sentía por Esteban; así es que llegó un momento en que le salía demasiado caro á Dinah para que ésta pudiese renunciar á él. Pero la baronesa tuvo un segundo embarazo, y aquel año se pasó con los mayores apuros. A pesar de los cuidados de las dos mujeres, Lousteau contrajo deudas é hizo enormes esfuerzos para pagarlas con su trabajo durante el parto de Dinah, y ésta lo conocía tan bien, que lo encontró heroico. Después de este esfuerzo, asustado de tener dos mujeres, dos hijos y dos criados, se consideró incapaz de luchar con su pluma para sostener á su familia, cuando él solo no había podido vivir. Dejó, pues, que las cosas siguiesen su curso. Este feroz calculador exageró la comedia de su amor para

tener más libertad fuera, y la activa Dinah tuvo que sostener por sí sola el fardo de aquella existencia. El pensamiento: «Me ama», le comunicó fuerzas sobrehumanas y trabajó como trabajaban los talentos más vigorosos de aquella época. A riesgo de perder su frescura y su salud, Didina fué para Lousteau lo que la señorita Delachaux para Gardane en el magnífico cuento verdadero de Diderot. Pero al sacrificarse á sí propia, cometió la sublime falta de abandonarse en el vestir hasta el punto de ir siempre de negro. Como decía Málaga, burlándose de Lousteau, pudría lo negro. A fines del año 1839, Esteban, al igual que Luis XV, había llegado, mediante insensibles capitulaciones de conciencia, á establecer una distinción entre su bolsa y la de su casa, como Luis XV distinguía entre su tesoro secreto y su caja. Engañó á Dinah en lo relativo á sus ganancias, y, al apercibirse de estas cobardías, sufrió atroces celos; quiso hacer de lleno la vida mundana y la vida literaria, acompañó al periodista á todas las primeras representaciones, sorprendió en él ademanes de amor propio ofendido, pues lo negro de su traje le alcanzaba y le ponía de un mal humor brutal. Desempeñando en su hogar el papel de mujer, Esteban tuvo feroces exigencias, reprochaba á Dinah la poca elegancia en su vestir, al mismo tiempo que se aprovechaba de este sacrificio que cuesta tanto á una querida. Dinah se vió, pues, obligada á recoger las guías de ese dominio que todas las mujeres ejercen sobre las personas de voluntad; pero en este manejo perdió mucho su lustre moral. Las sospechas que ella dejó ver procu-

ran á las mujeres querellas en que comienza la falta de respeto por descender ellas mismas de la altura en que se han colocado primitivamente. Después hizo concesiones, y Lousteau pudo recibir á sus amigos Nathan, Bixiou, Blondet y Finot, cuyo contacto, palabras y modales eran depravantes. Se procuró persuadir á la señora de La Baudraye de que sus principios y sus repugnancias eran un resto de gazmoñería provinciana; así es que en el Carnaval de 1840, Dinah se disfrazaba, iba al baile de la Ópera y asistía á algunas cenas en compañía de entretenidas, á fin de seguir á Esteban en todas sus diversiones. El día de Piñata, ó mejor dicho, el día siguiente, á las ocho de la mañana, Dinah llegaba disfrazada del baile para acostarse, adonde había ido á espiar á Lousteau, el cual, creyéndola enferma, había dispuesto de aquel día en favor de Fanny Beaupré. El periodista, advertido por un amigo, se había arreglado de manera de engañar á la pobre mujer, que no deseaba otra cosa. Al bajar de su coche, Dinah se encontró con el señor de La Baudraye, el cual, instruido por el portero acerca de quién era aquella máscara, dijo con frialdad á su mujer tomándola por el brazo:

—¿Es usted, señora?...

Esta aparición del poder conyugal, ante el cual se consideraba la baronesa tan pequeña, y, sobre todo, aquellas palabras, helaron casi el corazón de aquella pobre muchacha sorprendida con aquel disfraz. Para evitar el ser conocida por Esteban, Dinah había escogido un disfraz extravagante, y se aprovechó de él para escapar

á su cuarto, sin responder, yéndose después á la habitación de su madre, donde la esperaba el señor de La Baudraye. A pesar de su aire digno, Dinah se ruborizó en presencia de aquel anciano, y le dijo:

—Caballero, ¿qué quiere usted de mí? ¿no estamos separados para siempre?

—De hecho, sí, respondió el señor de La Baudraye; pero legalmente, no.

La señora Piedefer hacía señas á su hija, que Dinah acabó por percibir y comprender.

—Sólo sus intereses son capaces de traerle á usted aquí, dijo la joven con amargura.

—Querrá usted decir nuestros intereses, respondió friamente el baroncito, porque tenemos hijos. Su tío Silas Piedefer ha muerto en Nueva York, donde, después de haber perdido y ganado varias fortunas en varios países, ha acabado por dejar siete ú ochocientos mil francos; se dice que ha dejado un millón doscientos mil francos, pero como hay que realizar mercancías, siempre se perderá. Yo soy el jefe de la casa, y tengo que ejercer sus derechos.

—¡Oh! exclamó Dinah, en lo concerniente á mis asuntos, sólo tengo confianza en el señor de Clagny, que conoce las leyes; entiéndase usted con él, y lo que él haga estará bien hecho.

—Yo no necesito al señor de Clagny para llevarme mis hijos, dijo el señor de La Baudraye.

—¡Sus hijos! exclamó Dinah. ¡Unos hijos á los que ni siquiera les ha enviado usted un óbolo! ¡Sus hijos!

Y soltó una inmensa carcajada. Pero la im-



pasibilidad de La Baudraye cortó aquellas explosiones sarcásticas.

—Su señora madre acaba de enseñármelos, son encantadores, no quiero separarme de ellos y me los llevo á nuestro palacio de Anzy, aunque sólo sea para evitar que vean á su madre disfrazada como se disfrazan las...

—¡Basta! dijo imperiosamente la señora La Baudraye. ¿Qué quiere usted de mí?

—Un poder para recoger la herencia de nuestro tío Silas.

Dinah tomó la pluma, escribió dos palabras al señor de Clagny, y dijo á su marido que volviese por la tarde. A las cinco, el fiscal general, pues el señor de Clagny había sido ascendido, instruyó á la señora de La Baudraye acerca de su posición, y le aconsejó que regularizase su situación haciendo un contrato con el anciano, que sólo había ido atraído por la avaricia. El señor de La Baudraye, que necesitaba el poder de su mujer para obrar á su antojo, lo adquirió mediante las siguientes condiciones: Se comprometió, ante todo, á pasar á su mujer una pensión de diez mil francos mientras viviese en París; pero tan pronto como los niños tuviesen seis años debían pasar á poder del señor de La Baudraye. Finalmente, el magistrado obtuvo el pago anticipado de un año de pensión. El raquítico La Baudraye, que fué á despedirse atentamente de su mujer y de sus hijos, se presentó vestido con un gabancito blanco de caucho, y estaba tan firme sobre sus piernas y tan semejante al La Baudraye de 1836, que Dinah perdió toda esperanza de poder enterrar nunca á

aquel terrible enano. Desde el jardín, donde fumaba un cigarro, el periodista vió al señor de La Baudraye al mismo tiempo que éste atravesaba el patio; pero aquel momento fué bastante para que Lousteau creyese evidente que aquel hombrecito había querido destruir todas las esperanzas que su muerte podía inspirar á su mujer. Fumando un segundo cigarro, Esteban se puso á reflexionar acerca de su posición. La vida en común que hacía con la baronesa le había costado hasta entonces tanto dinero como á ella. En consideración á su poca fortuna y al trabajo que le costaba ganar el dinero, Lousteau se consideraba moralmente como acreedor. No había duda que el momento era favorable para dejar á aquella mujer. Cansado de desempeñar desde hacía tres años una comedia constante, Esteban ocultaba continuamente su fastidio. Este muchacho, acostumbrado á no disimular nada, se imponía en su cara una sonrisa semejante á la del deudor delante del acreedor. Esta obligación se le hacía cada vez más penosa. Hasta entonces, el inmenso interés que le ofrecía el porvenir le había dado fuerzas; pero cuando vió al pequeño La Baudraye camino de los Estados Unidos como si se tratase de ir á Rouen, no creyó ya en su porvenir, y se trasladó del jardín al elegante salón donde Dinah acababa de despedirse de su marido.

—Esteban, ¿sabes lo que mi señor y dueño acaba de proponerme? dijo Dinah. En el caso de que yo quisiese ir á vivir á Anzy durante su ausencia, ha dado las órdenes necesarias para que lo arreglen todo, y espera que los buenos

consejos de mi madre me decidirán á volver allí con mis hijos.

—El consejo es excelente, respondió secamente Lousteau, que conocía suficientemente á Dinah para saber y ver en su mirada que deseaba una respuesta apasionada.

Este tono, este acento, la mirada indiferente, todo impresionó de tal modo á aquella mujer que vivía únicamente para su amor, que empezó á llorar sin responder, sin que Lousteau se apercibiese de ello hasta el momento en que Dinah sacó el pañuelo para enjugarse los ojos.

—¿Qué tienes, Didina? le preguntó Lousteau impresionado ante aquella vivacidad de sensitiva.

—¡En el momento en que yo estaba tan contenta por haber conquistado para siempre nuestra libertad, á costa de mi fortuna, vendiendo lo que una madre quiere más, sus hijos, pues pasarán á su poder á los seis años, y, para verlos, tendré que volver á Sancerre!... ¡un suplicio! ¡Oh! ¡Dios mio! ¿qué he hecho?

Lousteau se sentó en las rodillas de Dinah y le besó las manos, al mismo tiempo que le prodigaba las más cariñosas caricias.

—Tú no me comprendes. Yo me conozco, y sé que no valgo todos esos sacrificios, ángel mio. Soy, literalmente hablando, un hombre muy secundario, El día en que no sepa ya hacer el folletín de un periódico, los editores no harán más caso de mí que de una zapatilla vieja. No olvides que nosotros no tenemos retiro. Si el Estado se decidiese á entrar en la senda de la beneficencia, encontraría muchas gentes de ta-

lento á quienes pensionar. Tengo cuarenta y dos años, me he vuelto perezoso como una marmota, y comprendo, amor mio, que he de serte funesto (Le besó tiernamente la mano). Tú sabes que he vivido veintidós años con Florina; pero lo que excusa la juventud y lo que á esta edad parece bonito y encantador, es deshonoroso á los cuarenta años. Hasta ahora nos hemos repartido el fardo de la existencia, que resulta, en verdad, poco agradable de diez y ocho meses á esta parte. Por sacrificarte por mí, hace tiempo que vas vestida de negro, lo cual no me honra, en verdad (Dinah hizo un movimiento que equivalió á todos los discursos del mundo). Sí, dijo Esteban, ya sé que lo sacrificas todo á mis gustos, hasta tu belleza. Y yo, con el corazón gastado con las luchas, y el alma llena de negros presentimientos para el porvenir, no recompenso tu dulce amor con otro igual. Hemos sido felices durante mucho tiempo... y... no quiero ver acabar mal este hermoso poema, ¿hago mal?

La señora de La Baudraye amaba tanto á Esteban, que aquella sensatez, digna del señor de Clagny, la causó placer y secó sus lágrimas.

—¿De modo que me ama por mí? se dijo, dirigiéndole una cariñosa mirada.

Después de cuatro años de intimidad, el amor de aquella mujer había acabado por reunir todos los matices descubiertos por nuestro espíritu analítico y que han sido creados por la sociedad moderna. Uno de los hombres más notables de este tiempo y cuya reciente pérdida aflige aún á las letras, Beyle (Stendahl), fué el primero en caracterizarlos magistralmente. Lous-

teau producía en Dinah esa viva conmoción, explicable por el magnetismo, que anula todas las fuerzas del alma y del cuerpo y que destruye todo principio de resistencia en las mujeres. Una mirada de Lousteau, su mano colocada sobre la de Dinah, la reducían á la más completa obediencia. Una palabra cariñosa, una sonrisa de aquel hombre, alegraban el alma de aquella pobre mujer, animada ó entristecida con el calor ó la frialdad de sus ojos. Cuando iba de bracet con él por la calle ó por los paseos, Dinah estaba tan identificada con él, que perdía la conciencia de su yo. Encantada y magnetizada por la gracia y por los modales de aquel hombre, no veía más que ligeros defectos en sus vicios. Le gustaban las bocanadas del humo del cigarro que el viento le llevaba desde el jardín á su cuarto, é iba á respirarlas sin hacer un gesto y ocultándose para gozar de ellas. Odiaba al librero ó al director de un periódico que negaba dinero á Lousteau, pretextando la enormidad de los sacrificios hechos. Llegaba hasta comprender que aquel bohemio escribiese una comedia cuyo importe no había recibido, en lugar de darla en pago de las cantidades recibidas hacía ya tiempo. Tal es, sin duda, el verdadero amor que comprende todas las maneras de amar: amor de corazón, de cabeza, amor-pasión, amor-capricho, amor-gusto, según las definiciones de Beyle. Didina amaba tanto, que en ciertos momentos en que su sentido crítico, tan preciso y tan continuamente ejercido desde su llegada á París, le hacía ver claramente el alma de Lousteau, la sensación se imponía á la razón y le sugería excusas.

—Y ¿qué soy yo? Una mujer alejada del mundo, respondía Dinah. Si yo faltó al honor de las mujeres, ¿por qué no has de sacrificarme tú un poco del honor de los hombres? ¿Acaso no vivimos apartados de las conveniencias sociales? ¿Por qué no has de aceptar tú de mí lo que Nathán acepta de Florina? Ya echaremos cuentas cuando nos separemos... y ya sabes que sólo la muerte puede separarnos. Tu honor, Esteban, es mi felicidad, como el mío es mi constancia y tu dicha. Si no te hago feliz, todo está dicho; si te causo un pesar, condéname. Nuestras deudas están pagadas, tenemos diez mil francos de renta, y entre los dos ganaremos perfectamente ocho mil francos más. ¿Con mil quinientos francos mensuales no seremos tan ricos como los Rothschild? No tengas cuidado, ahora tendré bonitos trajes y halagaré tu vanidad como el día de la primera representación de Nathán.

—¡Y tu madre que va todos los días á misa y que quiere traer un sacerdote para hacerte renunciar á este género de vida!

—Cada uno tiene su vicio: tú fumas, y ella sermonea. ¡Pobre mujer! Pero cuida los niños, los lleva á paseo y me idolatra. ¿Quieres también prohibirle que llore?

—¡Qué se dirá de mí!

—¡Pero si nosotros no vivimos para el mundo! exclamó la baronesa cogiendo á Esteban y haciéndole sentarse á su lado. Además, algún día seremos casados... ¿Olvidas que el mar puede en estos momentos favorecernos?

—¡No había pensado en ello! exclamó sencillamente Lousteau, pensando al mismo tiempo

para sus adentros: Siempre tendré tiempo de romper con ella á la vuelta del pequeño La Baudraye.

A partir de este día, Lousteau vivió con lujo, pues Dinah podía competir, en las primeras representaciones, con las mujeres más elegantes de París. Infatuado con esta dicha interior, Lousteau se las echaba con sus amigos de hombre hastiado, aburrido y arruinado por la señora de La Baudraye.

—¡Oh! ¡qué gran favor debería al amigo que me librase de Dinah! Pero nadie lo logrará, porque está locamente enamorada de mí.

El periodista se hacía la víctima, tomaba precauciones contra los celos de Dinah cuando corría alguna *juerga*, y, finalmente, cometía impúdicas infidelidades. El señor de Clagny, desesperado al ver á Dinah en situación tan deshonrosa, cuando podía ser tan rica y ocupar tan alto puesto en la sociedad, llegó á decirle un día:

—¡Que la engañan á usted!

—Ya lo sé, respondió ella.

El magistrado quedó admirado, y cuando iba á hacer una observación fué interrumpido por la señora de La Baudraye con estas palabras:

—¿Me ama usted aún?

—¡Sí, como un loco! exclamó el magistrado con entusiasmo.

Los ojos de aquel pobre hombre brillaron como antorchas, todo su cuerpo tembló como una hoja, su garganta se secó, y sintió que un cosquilleo le flagelaba la espalda ante la sola idea de que su ídolo pudiese tomarle como vengador.

—Pues entonces, ¿de qué se asombra usted? le dijo Dinah haciéndole sentarse. Del mismo modo amo yo.

El magistrado comprendió entonces aquel argumento *ad hominem*, y él, que acababa de condenar á un hombre á muerte, no pudo contener las lágrimas. La saciedad de Lousteau, ese horrible desenlace del concubinato, empezaba á notarse en mil pequeñeces que son como granos de arena arrojados á los cristales del pabelloncito mágico donde se sueña cuando se ama. Esos granos de arena, que se convierten en guijarros, no fueron vistos por Dinah cuando tenían ya el tamaño de piedras. La señora de La Baudraye había acabado por juzgar bien á Lousteau, como lo demuestran estas palabras que dirigía á su madre:

—Esteban es un poeta sin defensa contra la desgracia, cobarde por la pereza y no por falta de corazón, y demasiado inclinado á la voluptuosidad; en una palabra, es un gato á quien es imposible odiar. ¿Qué sería de él sin mí? Yo he roto su matrimonio y he destruido su porvenir, y su talento perecería en la miseria.

—¡Oh! ¡Dinah mía! había exclamado la señora de Piedefer, ¡en qué infierno vives! ¿Qué sentimiento te dará fuerzas para persistir?

—Seré su madre, había dicho la joven.

Existen horribles situaciones en que no se toma una decisión definitiva hasta el momento en que nuestros amigos se aperciben de nuestra deshonra. Se transige consigo mismo mientras se libra uno de la censura de los amigos. Así es que el señor de Clagny acababa de convertirse en verdugo de Dinah.

—Para conservar mi amor, seré lo que fué la señora de Pompadour para no perder el poder, se dijo la baronesa una vez que el señor de Clagny se hubo marchado.

Estas palabras muestran claramente que su amor iba á ser en lo sucesivo para ella más bien un trabajo que un placer.

El nuevo papel adoptado por Dinah era horriblemente doloroso, pero Lousteau contribuyó á hacerlo difícil de desempeñar. Cuando quería salir después de comer, el periodista empezaba á halagar á Dinah y á dirigirle palabras tan cariñosas, que aquellas escenas tuvieron á veces consecuencias deshonorosas para Dinah, que llegaba á creer en la reanudación de su amor. ¡Ay de mí! la que quería ser madre cedía su puesto á Didina con vergonzosa facilidad. La baronesa comprendió que era un juguete en manos de aquel hombre y acabó por decirse, experimentando en aquella situación agudos placeres y goces infernales:

—Pues bien, sí, quiero ser su juguete.

Cuando aquella mujer, dotada de espíritu tan viril, se sumió con la mente en la soledad, sintió desfallecer su valor y prefirió los suplicios previstos é inevitables de aquella situación feroz, á la privación de goces tanto más infinitos cuanto que nacían en medio de remordimientos, de espantosas noches consigo misma, y de *nos* que se cambiaban en *sí*s. Aquello fué á cada momento la gota de agua salobre, encontrada en el desierto y bebida con más delicia que la que pudiese experimentar un viajero bebiendo los mejores vinos sentados á la mesa de un príncipe. Cuando Dinah

se preguntaba á media noche: «¿Vendrá? ¿no vendrá?» sólo se animaba al oír las botas de Esteban, al que conocía por su manera de llamar. A veces la baronesa era presa de horribles arrebatos, y se complacía en luchar con sus rivales y en no dejar nada en aquel corazón hastiado. ¡Cuántas veces desempeñó la tragedia del *Último día de un condenado*, diciéndose: «¡Mañana nos separaremos!» Y ¡cuántas veces una palabra, una sola mirada, una caricia llena de sencillez la conducía de nuevo á los brazos del amor! Aquella situación fué, en ocasiones, terrible, y hubo momentos en que pensó en el suicidio. Pero aun no había agotado el inmenso tesoro de abnegación y de amor que las mujeres amantes tienen en el corazón. La novela titulada *Adolfo* era su biblia, y la estudiaba concienzudamente, pues, ante todo y sobre todo, deseaba no ser una Eleonora. Dinah ocultó sus lágrimas y todas las amarguras tan sabiamente descritas por el crítico á quien se debe el análisis de esta obra, y cuyo comentario parecía á Dinah casi superior al libro. De suerte que leía frecuentemente el magnífico juicio del único crítico que tuvo la *Revista de Ambos Mundos*, y que va á la cabeza de la última edición del *Adolfo*. «No, se decía repitiendo aquellas fatales palabras, yo no daré á mis ruegos la forma del mandato, no me entregaré á las lágrimas como á una venganza, no juzgaré las acciones que aprobaba antes sin rodeos, no fijaré mi mirada curiosa en sus pasos; si escapa, al volver no encontrará una boca imperiosa cuyos besos sean un orden sin réplica. No, mi silencio no será una